

momento, el hospital dejaba de ser un acontecimiento social para comenzar su trabajo cotidiano.

Pasaron los años y en 1936, la guerra fratricida cerró sus puertas. El canto de los pájaros, el rumor de las torrenteras, el silencio de las cumbres y el silbo del viento fue sustituido por un absurdo furor metálico de fuego y llanto. Pasaron aún más años y en 1950 el hospital de la Fuenfría resurgió acogido por el Ministerio de Trabajo para tratar a los silicóticos de las minas asturianas, a los tuberculosos y a aquellos cuyas lesiones pulmonares se mitigaran con el aire serrano confortante y los cuidados médico–quirúrgicos que allí se daban. Llegó a tener cuatrocientas veintidós camas y una fama que lo situaba entre los mejores sanatorios antituberculosos de Europa, tanto por el saludable lugar en el que se encontraba como por la atención que se prestaba a las técnicas hospitalarias.

En mayo de 1985 se integró dentro de la estructura del Insalud con el nombre oficial de Hospital La Fuenfría, dependiendo del complejo hospitalario de La Paz, para el tratamiento y cuidado de las enfermedades respiratorias crónicas. En la década de los 90, el hospital acogió una reorganización estratégica interna que mantuvo la filosofía del cuidado integral del paciente crónico y adoptó las necesidades y cambios necesarios en aquella época para mejorar el entorno asistencial. En 1995 alcanzó su independencia administrativa. A partir del año 2000 la presidencia ejecutiva del INSALUD aprobó un proceso de reingeniería que establecía la misión asistencial de apoyo, citando

entre sus valores el propósito de otorgar una atención integral que envolviera como con papel de celofán las dimensiones biológica, mental, funcional y social de la enfermedad con la ayuda de herramientas como la comunicación, la colaboración, la participación y el consenso. Esta es su historia contada a la carrera.

## Hoy

El Hospital de la Fuenfría es un hospital con unas características muy especiales. Situado en plena sierra de Guadarrama, ofrece el entorno perfecto para los pacientes y sus familias en uno de los parajes más bellos de la Comunidad de Madrid. En invierno, la nieve posa su nubosa mano sobre las alas arbóreas después de un otoño teñido de sutiles y hermosísimas tonalidades; en primavera, el aire se convierte en esencia de un aroma inigualable que para sí quisiera el perfumero que creó el Chanel número 5, y las flores avisan de que un año más la vida continúa a todo color; en verano, el calor (a veces asfixiante) que desprende el caldero de la gran ciudad no llega ni siquiera a acariciar el valle.

Con estos datos, ya sería suficiente para comprender el carácter diferenciador que le ha dado prestigio, pero no se queda ahí, porque da unos pasos adelante que se notan nada más entrar en él. Cuando el ya citado Alvar Aalto estudió hasta cómo incidía el chorro de agua

del lavabo en las habitaciones para que el ruido que produjera no molestara a los enfermos, estaba pensando en la recuperación del paciente, en su tranquilidad y comodidad, en levantarle el ánimo que también cura. En el Hospital de la Fuenfría se añaden más cosas, porque también se piensa en hacerle la vida algo más alegre y cercana a la de sus semejantes sanos poniendo a su alcance las herramientas mejores, las más útiles, las más sutiles, el mejor material humano sanitario, los avances que la tecnología actual ofrece, llámese telemedicina, rehabilitación o cualquier otro nombre que suene al presente del futuro más cercano.

Esas frías habitaciones alicatadas hasta el techo con ladrillos blancos o blanqueadas con pintura uniforme triste y grisácea han pasado a la historia. Nadie sabe quién ha dictaminado la norma de que el blanco es el color de las cosas serias (como los hospitales) o de las cosas limpias (como las cocinas y baños) cuando cualquier paciente suele tener en su casa habitaciones con los colores más variados. En el Hospital de la Fuenfría no hay una habitación pintada en el mismo tono que otra; los colores, elegidos por artistas plásticos, son brillantes, alegres y variados como los verdes que hay tras el cristal de las terrazas; la sala de rehabilitación recuerda a un gimnasio de fitness y los lugares comunes, a un club social. Ahora se acomete una nueva línea: convertir la comida del hospital en gastronomía, el arte de comer en momento de disfrute, con el fin de trasladar el ideario del restaurante al sistema de alimentación hospitalaria. Un cocinero de primer nivel ayuda a esta tarea, mientras los pequeños detalles (como que el

paciente pueda elegir el lugar en que quiere comer) quedan en manos de los empleados, convenientemente formados para estos asuntos. Una filosofía que no se separa un ápice de la que emprendieron juntos el arquitecto Antonio Palacios y el doctor Félix Egaña cuando hace casi cien años comenzaron juntos esta aventura que otros han seguido por la misma senda.

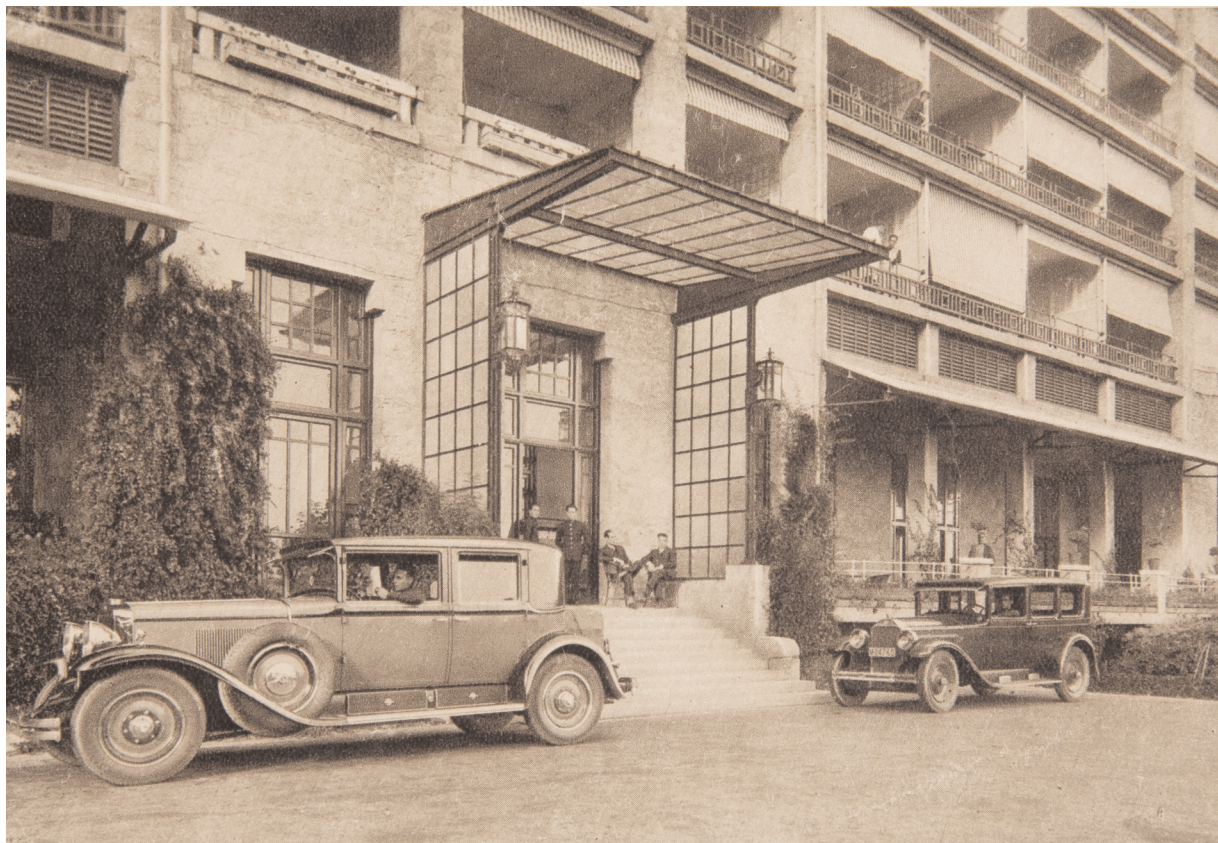
Hoy, sobre el piorno, el enebro o el brezo que adorna el enorme jardín serrano que conforma el valle, el rocío forma espejuelos como de nácar y los verdecillos, los escribanos, los pinzones, las lavanderas, los cárabos y los milanos que alegran el ánimo de los pacientes en el Hospital de la Fuencisla siguen compitiendo en el aire con sus vuelos y cantos por saber cuál de ellos es el mejor de estos juguetes alados.

Jos Martín





Inauguración del Rey Alfonso XIII y la Reina Victoria Eugenia



Entrada Principal



Recibidor





Sala de estar